

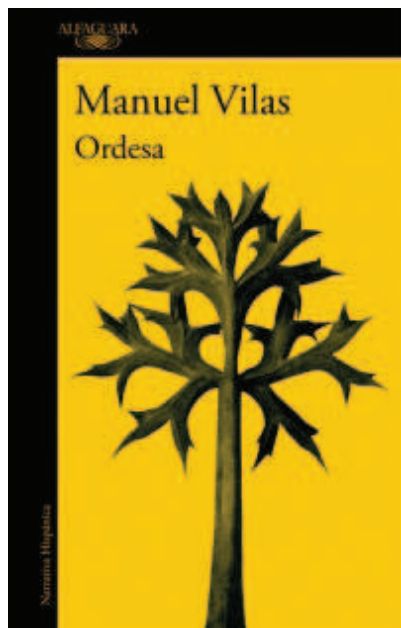
La Ordesa de Manuel Vilas y su patrimonio memorístico. Reflexiones en torno a la lucha contra el olvido

The Ordesa of Manuel Vilas and his memoristic heritage. Reflections toward the fight against oblivion

José Antonio Mérida Donoso

Universidad de Zaragoza

joseanmerida@hotmail.com



Reseña de la obra/ Book Review: Vilas, Manuel (2018). *Ordesa*. Madrid: Alfaguara. 120 p. ISBN 978-84-204-3169-7

Resumen

El Valle de Ordesa ya no es solo un espacio de la comarca del Sobrarbe ubicado en el Pirineo central de Huesca. Gracias a Manuel Vilas *Ordesa*, el parque más antiguo de Aragón y el segundo de España, es un aglomerado de memoria y desapariciones en lucha contra el olvido. Es un mirar por el espejo retrovisor, es un parar a tiempo en el viaje de la vida para reencontrarse con quien se fue y con quien se es. Es un valle de recuerdos y orogenias que ya es un poco más nuestro.

Palabras clave: Manuel Vilas; Memoria; Olvido; Identidad; Ordesa

Abstract

The Ordesa Valley is no longer just a space in the Sobrarbe, region located in the central Pyrenees of Huesca. Thanks to Manuel Vilas *Ordesa*, the oldest park in Aragon and the second in Spain, it is an agglomerate of memory and disappearances in the fight against oblivion. It is a look in the rearview mirror, it is a stop in time on the journey of life to meet again with who one was before and with who one is. It is a valley of memories and orogeny, which is a little more ours.

Keywords: Manuel Vilas; Memory; Oblivion; Identity; Ordesa

Es un lugar común decir que una vida es una novela. La novela autobiográfica, a medio camino entre el retrato histórico y el de la ficción, es un género muy frecuentado cuando se quiere hacer balance de quien está detrás de las letras. En

este sentido, toda obra perteneciente al género autobiográfico ha de emprender la delicada reconstrucción de una vida, decidir qué contar y qué omitir, haciendo de manera casi inevitable un juicio de valor sobre las experiencias personales desde el presente, contrastar unas con otras para llegar a los imprescindibles. Existen empero, obras que nacen de la pérdida, el duelo, el devenir tras el extrañamiento o desde él mismo, ante el no reconocimiento del mundo, cuando todo pierde sentido y el autor, desde la escritura, su hábitat, se hace inevitable no dialogar con la realidad más cruda desde la reconstrucción del mundo y del yo en esa vida doliente. La comunicación con la otredad ausente se vuelve algo inevitable para poder escribir sobre lo inefable: lo insoportable. En este sentido la autobiografía puede ser igual de instructiva para el lector, que encuentra las palabras con las que reconstruir su propia biografía, como para el escritor, que se rehace durante el proceso mismo de su escritura. El resultado es una Ordesa incommensurable, imperecedera como las montañas frente a la caduca vida humana, la forja de una identidad en el quehacer de la escritura, como pilar sobre el que indagar sin concesiones al dolor, en reacción ante él, pero también como acto de sobrevivencia, de diálogo con las ausencias, pretéritas y futuras.

Como artefacto literario que pretende exorcizar, al juego paradójico de sobrevivir a la muerte y a soportar la ausencia de los cercanos, la obra desemboca en una poética particular al margen de cualquier posible evolución de la intriga. En este sentido recuerda a obras como “Mortal y rosa” de Francisco Umbral o la contundente y honesta obra de Sergio del Molino “La hora violeta”, dos libros que a su manera se reelaboran como acto de supervivencia de sus autores capaces de transformar la rabia ante la pérdida en un canto al amor. Pero Ordesa no solo se escribe en torno a la identidad de un querer ser y seguir siendo en tanto que cercano ante las ausencias, sino que también supone una revisión a la historia de España, ese país de “charanga y pandereta” que cada vez siente más lejano Manuel Vilas. La España que fue y la que pudo -pero no quiso o supo- ser. Así, en esta “asincronía literaria”, que nace de lo inmediato del dolor para luego rehacerse sosegadamente en la convivencia con él, se desdibuja un manual de supervivencia, hecho y rehecho sin prisas, como vida que, aunque puede parecer a vuelapluma, narrando lo que está sucediendo en el instante que se escribe, pasa a ser macerada, puesta en reposo para resurgir pausadamente, desde la reflexión. Un viaje de exploración personal, pero también familiar, social, de antiguos y nuevos hábitos en esta España que en su deconstrucción franquista y la reconstrucción democrática ha ido transformándose, pero manteniendo permanencias, mostrando una España a corazón abierto, que nos permite ahondar en sus raíces para entender sus desarraigos.

En este sentido, todo diario en cierta forma, más que ayudarnos a entender al escritor, ponernos en la piel y la mente del narrador y su mundo como testimonio personal de una época, coadyuva a la comprensión del nosotros. Porque desde ‘La conciencia uncida a la carne’ de Susan Sontag a ‘Los Diarios de Franz Kafka’, pasando por ‘El dolor’ de Marguerite Duras o el ‘Diario íntimo’ de Miguel de Unamuno la literatura autobiográfica parece aunarse más en su forma indomable, su

heterogeneidad que en sus nexos. La autoreferencia como posibilidad se multiplica, existiendo tantas posibilidades como escritores halla. Por cada juntador de palabras que pretenda interpelarse y por ende, acabe por cuestionar su propio texto, su contexto y, en última instancia, al receptor del mismo: al lector. Un sinfín de relatos personales, sin duda la verdadera pieza angular del puzzle que aglutinan los géneros autobiográficos, junto a la autobiografía, la autoficción, las memorias y el diario personal. Y sin embargo, todas estas tipologías, todas estas variedades de narradores homodiegéticos confluyen en un mismo origen fruto de una misma necesidad: la de mirarse en el espejo para entender quién se es, quien se ha sido y quién es esa persona que te mira.

Para los más “exégetas de la literatura” la autobiografía aún no se ha afianzado en el canon literario, contando todavía con una bibliografía especializada minoritaria, sin menoscabo de la mayor atención que haya ido recibiendo paulatinamente por parte de la crítica. Pero los más ortodoxos, aunque crean ser baluartes de la verdad, en ocasiones solo lo son de lo que ayer se decía. Precisamente porque por mucho que nos empeñemos la literatura no se suscribe a nuestras normas y cerrazones, autores como Manuel Vilas nos recuerdan que la literatura es un medio artificial con sus propios mecanismos de comunicación, su propio engranaje y pretender suscribirla a un modelo toda esa ilusión ficcional es solo eso, una mera ilusión. Ordesa brinda caminos paralelos en los que confluyen obras como los diarios de Andrés Trapiello, en su quehacer de antologías fragmentarias. Mundo es, el vigesimosegundo tomo de su *Salón de los Pasos Perdidos* el diario que el escritor comenzó a publicar en los noventa, toma su título de una frase sobre el paso del tiempo en el que se identifica la vida con una noria de *La Celestina* de Fernando de Rojas: “Mundo es, pase, ande su rueda, rodee sus alcaduces, unos llenos, otros vacíos.” En esencia, este último ejemplar no deja de ser una variación más de su monumental *Salón* personal, una piza más del puzzle infinito e inabarcable sobre el mismo tema, cuyas. Mundo es se acerca también a la huella indeleble de la muerte, en el fondo la vida y la muerte, el recuerdo sobre el que escribir, pero también del olvido del que se pretende escapar, como también hiciera la *Celestina* anteriormente referida: “Ley es de fortuna que ninguna cosa en un ser mucho tiempo permanece: su orden es mudanzas...proverbio es antiguo que cuando al mundo es, o crece o decrece. Todo tiene sus límites, todo tiene sus grados”

Y es que es precisamente la muerte la que evoca a muchos autores a la reconstrucción fragmentaria, a luchar contra el olvido lo que hace a todos estos autores escribir y modelar su biografía y es precisamente lo que los hace universales ya que, en cada uno de sus lectores, en nuestra biografía personal, existe también sucesión de pérdidas y separaciones que nos recuerdan la finitud de nuestras vidas y lo fugaz de cualquier vínculo o relación. La vida y la muerte son para la *Celestina*, como para el resto de los mortales, un proceso cíclico de crecimiento y declinación.

Nuestra vida es breve, pero las montañas, Ordesa, no lo son. Llevan ahí millones de años viéndonos nacer y morir. El valle preferido del padre de Manuel Vilas supone

el leitmotiv esgrimido para volver a él, cuando años después de su pérdida, regresa con sus hijos para volver al origen y revistar la forja de los recuerdos, esos que, de alguna manera, llevaremos tatuados hasta la muerte. La indagación en nuestros recuerdos nunca es igual, cambian como nosotros, como la vida, mostrándonos como espejos diversos reflejos de nosotros mismos. Visiones a veces luminosas pero otras oscuras, confusas y decepcionantes, pero siempre reveladoras.

Los recuerdos bucean en la interioridad evidenciando lo vacío de lo material, de nuestros adornos innecesarios por lo que Manuel Vilas va tomando conciencia del vacío mercantilista, las ansias de consumo que anidan en el corazón de las sociedades capitalistas, alienadas en su ambición material e incapaces de reencontrarse. El pasado de Manuel es amarillo, repleto de muebles vacíos y camisas de muertos, de una clase media que hoy como ayer, no puede llegar al sueño prometido, a avanzar en estrato social, subir más peldaños en la escalera del absurdo erguida sobre los de abajo.

En aparente paradoja, esta concienciación genera una hermandad con la humanidad, una solidaridad en la mediocridad de nuestros sueños rotos porque “somos vulgares, y quien no reconozca su vulgaridad es aún más vulgar”. Una renovación del célebre aforismo “solo sé que no sé nada” al que ahora se añade “pero sí sé que tampoco nadie sabe nada”. Una comprensión de lo pequeños que somos que permite reconciliarse con uno mismo, con la otredad y con nuestra impostora “historia común” tan quebradiza y frágil como condicionante. La historia de una España que forjó la condena de nuestros padres como forja la nuestra y en cuyas cadenas no solo se muestran las ansias por avanzar en la escalera del capital, sino que, en sus recovecos, las instituciones políticas y culturales aparecen también manchadas por ese mohín resultante de la sangre de los sacrificios y la vulgaridad. La misma sangre que es principio de vida y de recuerdo, que alimenta a los fantasmas para dejarnos recordar su nombre, su historia y su propia muerte.

El espacio que abre una autobiografía es esencialmente íntimo, con recuerdos secretos y pensamientos ocultos que al revelarse al lector generan con él una comunicación igual de íntima tanto en cuanto interpela a lo personal. Una arquitectura salvaje y natural que se va rehaciendo conforme se va rescribiendo en un mar de palabras que erigen pilares de ficciones y verdades únicas e irrepetibles. Cada una con sus singularidades, como cada uno de nosotros, sus lectores. Una huella personal que nos permite reflexionar sobre la verdad de nuestras vidas y que se hunde como un paso en la arena, creado y destruido a cada segundo que vivimos, pero en el que cabemos todos con nuestras imaginaciones y realidades tan diferentes como comunes.

Somos lo que nos recordamos, lo que nos podemos narrar. Por el contrario, no dejamos de ser cuando olvidamos o, dicho de otra forma, no podemos afirmar que “no somos lo que olvidamos”. El olvido supone, tal vez, el fracaso definitivo, la capitulación en oposición a la voluntad y capacidad de recordar lo sucedido,

reivindicarlo como algo nuestro y llevar a cabo su resarcimiento. Bajo esta premisa se puede convenir que el olvido también construye identidad, porque nuestra verdadera identidad no es la memoria, sino nuestra elección y selección como narradores de nuestro relato, el relato que queremos tener de nosotros, en su lucha con su antónimo, en su lucha contra el olvido. Somos la selección de lo que olvidamos, pero también de lo que no queremos olvidar, a pesar de que, en el tiempo transcurrido, en las pérdidas y en las faltas que pueblan nuestras vidas, se pueda nublar nuestro recuerdo. Somos dialéctica entre ausencias y presencias y en este sentido Ordesa se inscribe en ese lenguaje esencialmente dialógico que por momentos se acerca al discurso epistolar con su padre, pues hay un personaje-emisor que se dirige a un receptor, ausente en la comunicación, pero presente en el texto. Una presencia manifestada en cada una de las elecciones en la escritura del autor, en cada una de sus vueltas atrás, sus re-escrituras y negaciones de su propio pasado, si bien, en este caso, el receptor es el lector y no la ausencia, el elemento controlador presente a la vez permitiendo hacer un acto de «confesión», que no tuvo lugar ante la presencia física del referente

Toda persona que haya paseado alguna vez por el Valle de Ordesa se habrá percatado que, ya sea por su Cañón de Añisclo, las Gargantas de Escuaín o la cabecera del Valle de Pineta, el Valle de Ordesa constituye todo un verdadero Patrimonio de la Humanidad. Pero de entre todas estas elevaciones montañosas quizá la que más perdura en el recuerdo del caminante que tiene a bien perderse por esos lares es precisamente el macizo de Monte Perdido, un monolito de piedra que sobresale como mar de roca que espera ser coronado por pretéritos y futuros naufragos de la ciudad que acuden al monte con la intención de recordarse. Manuel Vilas evoca a su padre bajo su sombra, permitiendo con ello recordar nuestras ausencias, volver la vista atrás para reconocernos en los que nos hicieron y configurar así una suerte de patrimonio personal a base de espacios memorísticos, esos que configuran nuestro verdadero ADN. Una idea que nos recuerda que todo patrimonio mantiene las sombras del recuerdo, las que nos hicieron, nos hacen y nos harán, las que nos definen y configuran nuestras palabras, nuestros silencios y las que, como decía Blas de Otero “conmigo -con nosotros- van”. La vida es memoria y ausencia, es un monte perdido repleto de parques personales de múltiples morfologías y orogenias, plegamientos con mayores o menores elevaciones y erosiones. Realidades físicas que no dejan de estar tan llenas de silencios como de voces, de sombras como luces, de muerte... y de vida. Así es Ordesa, una ciudadela rocosa construida a base de tiempo, recuerdo y olvido, habitada por y para la fugacidad y su poder desvanecedor. Un lugar común, tal y como empezamos esta reseña, que habita en toda memoria: “nuestro valle de ausencias presentes”.